

y apliqué á la muerte de Elíseo Méraut las sensaciones de aquellos instantes de angustia.

Poco á poco, lentamente, reanudé mi trabajo. Lo llevé á las aguas de Allvard, donde me enviaron los médicos. Allí, en una de aquellas salas de inhalaciones, tropecé con un médico viejo, muy singular, muy sabio, el doctor Roberty, de Marsella, el cual me dió la idea del tipo de Bouchereau y del episodio con que termina mi libro. Porque sostenido por los ánimos que guiaban mi pluma, pude acabar la obra. Pero comprendía que en mí había algo roto; que en lo sucesivo no podría tratar mi cuerpo como si fuese un pingajo, ni privarlo de movimiento y de aire, ni prolongar las veladas hasta por las mañanas para conducirlo á la fiebre de los bellos descubrimientos literarios.

*
* *

La novela fué publicada en *Le Temps*, y luego por el editor Dentu. La prensa y el público le dispensaron una buena aco-

gida, sin exceptuar los periódicos legitimistas. Armando de Pontmartin decía en la *Gaceta de Francia*: «Ignoro si Alfonso Daudet ha escrito su libro bajo la influencia de una inspiración republicana. Lo que sé, lo que resulta, es la impresión que me ha producido su lectura; á saber: que en *Los Reyes en el destierro* hay muchas cosas bellas, conmovedoras, patéticas; lo que neutraliza las crudezas, lo que arranca á la novela de las triviales fealdades del realismo, es precisamente el sentimiento realista. Es la enérgica resistencia de algunas almas elevadas y altivas en medio de esta corrupción, en la cual los bailes de Mabile, los bastidores de los teatros, el Gran Club, acaban por tragarse á las realezas vencidas.»

En medio de aquellos artículos encomiásticos apareció una filípica tremenda de Vallès, que toma la casa de Tour Lewis como una invención, como las de Ponson du Terrail. Esto me ha demostrado una cosa que yo ya sabía, y es que el autor de *La calle* no conocía de París más que la calle, la calle aristocrática, la circulación funambulesca y las ace-

ras; no había entrado nunca en las casas. Entre otras censuras que me dirigía, me acusaba de haber hecho traición á Therion, y de haberlo desfigurado. Ya he dicho antes que Méraut no era completamente Therion. Además, he aquí un párrafo de una carta que recibí con un retrato, á poco de haber sido publicado mi libro:

«Debía usted querer mucho á aquel pobre Elíseo para darle puesto de tanto honor en *Los Reyes en el destierro*. Los que le conocieron no lo olvidarán jamás... Gracias á usted, Elíseo Méraut vivirá todo lo que vivan *Los Reyes en el destierro*.

»En lo sucesivo, su libro de usted será para mí, y para los míos, el libro de un amigo, un libro de familia.»

Esta carta es del hermano de Therion. Luego cesó el alboroto. París se ocupó en leer otras cosas; yo estaba satisfecho de haber hecho un libro que mi padre, que era un realista entusiasta, habría podido leer sin pena; satisfecho de haber demostrado que las palabras acudían aún á mi pluma; que no estaba enteramente

agotado, como esperaban mis enemigos.

Algunos autores dramáticos desearon hacer una comedia con mi obra; vacilaba yo en consentirlo, cuando un italiano escribió para un teatro de Roma un drama sin consultarme. Aquella tentativa me decidió. ¿A quién, sin embargo, confiar aquel encargo? Gondinet se inclinaba á ello; pero la política le asustaba. Coquelin, á quien hablé del asunto, me dijo que él tenía quien lo hiciera; que si quería confiarle la cosa, me diría después el nombre de mi colaborador. Quiero mucho á Coquelin, tengo confianza en él, y le dejé que hiciese lo que quisiera. Me iba leyendo la obra acto á acto, á medida que los iba haciendo; la encontré elocuente, escrita en buena prosa y muy bien dialogada. Desde la mitad del primer acto, dos palabras puestas en boca de Elíseo Méraut, que dice que Hezeta lo había *acabado de imprimir*, me pusieron sobre la pista del autor. «Es alguien de casa de Lemerre.» Sabido es que la librería del pasaje Choiseul pone el nombre del impresor al pie de los hermosos poemas que publica, y por ahí descubrí á mi

colaborador, que era Pablo Delair, escritor de mucho talento, un poco confuso á veces, pero con rasgos brillantísimos y con grandeza: un poeta.

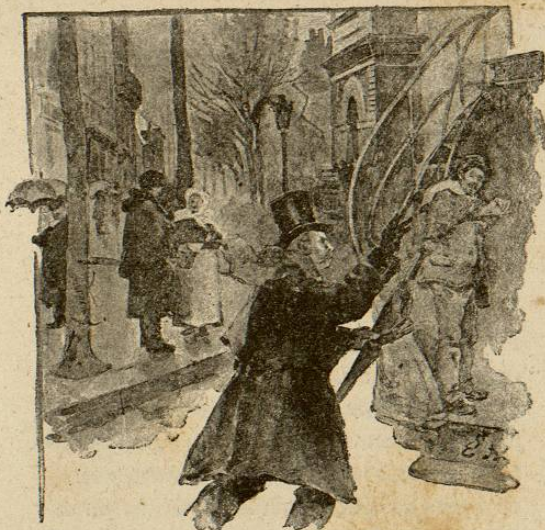
La obra me convenía; solamente el último acto me pareció un poco duro. La escena representaba la habitación de la calle de Monsieur-le-Prince, junto al lecho mortuario de Elíseo Méraut. Al final, el rey Cristian entreabría la puerta: «¿Vive aquí la señorita Clemencia?» En mi saloncito de la Avenida del Observatorio, cuando Coquelin nos leyó el trabajo de Delair, todos tuvieron la misma impresión que yo. Gambetta había ido á mi casa aquella noche, lo mismo que Edmundo de Goncourt, Zola, Banville, el doctor Charcot, Ernesto Daudet, Eduardo Drumont, Enrique Ceard. Por unanimidad se dijo que era preciso variar el último acto, porque era demasiado peligroso. Delair nos hizo caso; modificó el final; lo atenuó. ¡Trabajo perdido! Nos habían condenado antes del estreno. Me convencí de ello el día del ensayo general. La obra había sido muy bien preparada ciertamente; la interpretaban los

mejores actores del Vaudeville; la dirección no se había dado punto de reposo. y, sin embargo, jamás he visto un público más prevenido que el que llenaba el teatro la noche del estreno. Nos silbaron al día siguiente y en los sucesivos; véase el *Gaulois* de aquella época. Todas las noches los Círculos enviaban sus delegados para armar escándalo. Escenas enteras muy hermosas, muy conmovedoras, pasaban en medio de aquel ruido infernal, sin que se pudiera oír una sola frase. Algunos parlamentos como aquel en que un Borbón correpara coger un ómnibus, estaban designados anticipadamente. ¡Ah! ¡Si hubieran sabido quién me había proporcionado el dato! ¡Y la entrada soberbia de Dieudonné, la borrachera con frac negro, mientras cantaban el coro heroico de la marcha de Pugno! Se puso de moda ir al teatro á *patear* como iban á la sala Taitbout. Además, bajo aquella indignación ficticia, había en el público una gran indiferencia. Al público parisiense, que es mucho menos monárquico que yo, le tenían sin cuidado y permanecía insensible ante las desgracias de

los Reyes; aquello estaba muy fuera del acostumbrado convencionalismo, y le conmovía como los incendios de Chicago y las inundaciones de Mississipi.

Aparte algunos artículos de gente independiente, como Geoffroy y Durranc, la crítica siguió al público. Esa es su misión hoy; y la obra tuvo el beneficio de una *reventadura* general. Aun cuando en los carteles no figuraba más nombre que el de Pablo Delair, yo, sobre todo, fui quien durante varias semanas sirvió de blanco á todas las calumnias y ultrajes de todo género. Hice de esas injurias el caso que ellas merecían. Por lo numeroso de los periódicos y por el clamoreo del noticierismo, la voz de París se ha convertido en un eco de montaña ensordecedor, que aumenta el ruido de las conversaciones, repercute hasta lo infinito, ahoga, ensanchándolo, el tono justo de la censura y del elogio. Sin embargo, he anotado una de esas calumnias, que quiero recoger. Han pretendido que mi libro era una adulación al Gobierno; que, comenzado á favor de la realeza durante el *Dieciséis de Mayo*, había dado

media vuelta después de la caída de MacMahon, y se había ido hacia la República que triunfaba. Los que han dicho eso, los que han creído que una obra después



de planteada, puede sufrir esos cambios, por capricho, por interés, á la derecha ó á la izquierda, esos no han hecho jamás un libro; pero al menos hubieran podido reflexionar y buscar, antes de decirlo, el

objeto con el cual había yo ejecutado aquello de que me acusan. Yo no necesito nada, ni de nadie; vivo en mi casa; no solicito ni destinos, ni distinciones, ni ascensos. Entonces, ¿por qué había de hacer esas cosas?

En cuanto al reproche de que he hecho un libelo con intención deliberada, tampoco es cierto. El libro y la comedia están por bajo de la verdad. He dejado á la realeza un papel bastante bueno; si ese papel no es mejor, ¿tengo yo la culpa? He retratado á la Monarquía; como siempre, la he copiado al natural. Además, no he sido yo el primero que ha hecho notar el rebajamiento de alma de reyes en el destierro. En las admirables *Memorias de ultratumba*, que tuve encima de mi mesa durante todo el tiempo que he estado trabajando, Chateaubriand cuenta, con mucha más crueldad que yo, la ceguera, el rebajamiento de la corte de Carlos X en Inglaterra.

«Desde su sofá, la señora veía, á través de los cristales de la ventana, lo que sucedía fuera y asombraba á los transeuntes. Llegaron dos caballitos con dos

jockeys vestidos á la escocesa. La señora cesó de trabajar, miró mucho, y dijo: «Es la señora de... (he olvidado su nombre) que va á la montaña con sus hijos.» María Teresa, que era curiosa, que sabía las costumbres de la vecindad; la princesa de los tronos y de los cadalsos bajada de la altura de la vida al nivel de las demás mujeres, me interesaba extraordinariamente. Yo la observaba con cierto enternecimiento filosófico.»

Y algunas páginas después:

«Fuí á hacer la corte al Delfín; nuestra entrevista fué corta:

—¿Cómo se encuentra Monseñor en Butscherad?

—»Vegetando.

—»Eso le sucede á todo el mundo, Monseñor.

—»¿Y vuestra mujer?

—»Le duelen los dientes, Monseñor.

—»¿Fluxión?

—»No, Monseñor; el cambio de tiempo.

—»¿Coméis en casa del Rey? Allí nos veremos.

»Y nos separamos.»

¡Y qué filípica es el libro de Fourneron

Historia de los emigrados durante la Revolución francesa! ¡La permanencia del conde de Artois y del conde de Provenza en el destierro, mientras su hermano estaba prisionero en el Temple, y era luego enviado al patíbulo; la rivalidad de sus queridas, madame de Polastron y madame de Balbi!

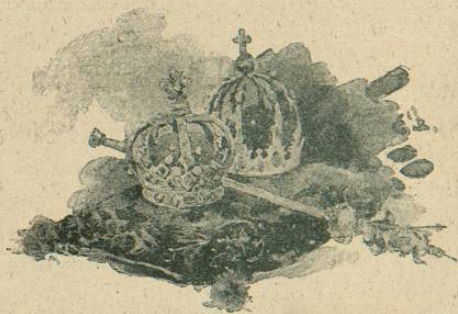
Mi bajada de Gravosa ha parecido increíble, monstruosa, inventada á placer. Pero léase la historia de Quiberon, la aventura de aquellos infelices soldados vendeanos á quienes se les ha dicho que se pondría á su cabeza un príncipe de sangre, espera que espera al conde de Artois, que estaba en el mar sin atreverse á desembarcar, y que escribía á d'Harcourt: «No se ven más que tropas republicanas en la costa». Y era que los que se lo hacían creer, el barón de Roll y sus amigos, inventaban cada día un pretexto para no desembarcar. El heroico Rivière, los condes de Autichamp, de Vauban y de la Béraudière, insistían en vano: «No quiero ir á un fracaso seguro», respondía el Príncipe. Y luego la historia de Frotté, y su embajada cayen

do en medio de las partidas de *whist*, de Holyrood. Iba á someter á la aprobación su plan de desembarco. Se le recibe en presencia de Couzié, del obispo de Arras, del barón de Roll, de los condes de Vaudreuil y de Puységur y del economista Theil.

«Permitidme, dijo Roll, con su marcado acento alemán; soy capitán de guardias, y por consiguiente responsable ante el Rey de la seguridad de S. A. ¿Hay seguridad bastante para que S. A. se arriesgue? No, ciertamente. Entonces interrumpió el señor de Frotté, reconocéis que el proyecto es impracticable.»

Frotté sale y vuelve al sitio donde estaban reunidos los nobles de Normandía, solo, con una de esas cartas llenas de frases pomposas, que tanto prodigaba el conde de Artois. «Encargo al conde Luis de Frotté que os exprese los sentimientos de que se halla penetrado mi corazón. No dudéis de que la Providencia secundará vuestra generosa constancia... Mientras llega el momento tan deseado en que pueda explicarme con vosotros de viva voz, recibid, amigos míos...»

Ese libro está escrito por un realista que no odia bastante á la Convención. ¿Hay en *Los Reyes en el destierro* alguna página tan dura como ésa?



UNA LECTURA

EN CASA DE EDMUNDO GONCOURT (1)

Edmundo de Goncourt reunió esta mañana en su casa de Auteuil á algunos amigos íntimos para leerles, antes de almorzar, su nueva novela. En el gabinete de trabajo que tiene sabor á los buenos li-

(1) Escrito en 1877 para el *Nouveau Temps*, de San Petersburgo.